Los Prometeos de Antero y Unamuno

Isilda M. L. de Sousa R. LEITÃO
Escola Superior de Hotelaria e Turismo do Estoril

"Morre todas as noites uma águia
que só da minha vida se alimenta

Morre todas as noites no momento
em que volta a nascer de madrugada" [1]

(David Mourão-Ferreira, *Obra Poética*)

Este abrazo, esta tensión nunca resuelta, entre el águila que muere todas las noches pero que después vuelve a nacer de madrugada, juego dramático del que no se excluye ninguna de las polaridades, en el que sólo la enigmática presencia de la esfinge permite rescatar el sentido, es, para el imaginario sintético, el mágico artesano que teje y regenera el tiempo de la vida. Es esta integración y complementariedad de los opuestos lo que templa a los Prometeos agónicos y titánicos como en Miguel de Unamuno (1864-1936).

La angustia ante el tiempo se expresa, según Gilbert Durand (1996), en una multiplicidad de imágenes *teriomorfas*, imágenes que se combinan con las *catomorfas* y las *nictomorfas*, proporcionando una riqueza inmensa de representaciones del tiempo devorador y de la muerte. El simbolismo animal, todo un rico bestiario, es el pretexto, la motivación para presentar el tiempo destructor. Es la animalidad devoradora, la boca que muerde, el sadismo y la devastación, las tinieblas, el ruido, el movimiento caótico y larvario, la temporalidad de los lazos que prenden y matan. Son los esquemas de la agitación y de la inquietud, de la monstruosidad, de la embriaguez, del vértigo abismal, de las tinieblas y de lo sepulcral.

El "buitre voraz de ceño torvo", de Unamuno, que "devora las entrañas" con "su pico corvo", que se da el festín con la "negra sangre", buitre de "sombría mirada" que nunca llega a saciar su "hambre atroz", por más presas que devore ("A Mi Buitre")[2], cual Saturno o tiempo voraz alimentándose de sus propios hijos (tal

1. Cf. Mourão-Ferreira, 1980: 133 (II).

2. El presente soneto y los siguientes están tomados del *Rosario de Sonetos Líricos* de Miguel de Unamuno (Cf. Unamuno: 1958, T. XIII).

como Rubens o Goya lo imaginaron) es un símbolo *teriomorfo* que puede expresar la angustia y la agonía del hombre ante la muerte, ante el tiempo, ante la nada.

En Antero de Quental (1864-1891), los esquemas *teriomorfos* asumen igualmente aspectos multifacéticos y llegan incluso a asumir, en los *Sonetos Completos*, un papel central. Es el "negro corcel", con su galope tenebroso y el "horror nas crinas agitadas", "fera estranha e sem temor" que, cuando se le interroga, responde: "Eu sou a morte" ("Mors-Amor").

Imágenes que nos remiten a los caballos ctónicos y más de una vez nos inducen al recuerdo de la pintura... de un Durero, (*Knight, Death and the Devil*, 1513), de un Turner (*Death on a Pale Horse*, 1825), de un Arnold Bocklin (*War*, 1896) o de un Gustave Moreau (*The Parca and the Angel of Death*, 1890).

Todo este imaginario de muerte (negro corcel, crines agitadas) señala la aceleración del viaje al abismo, a la destrucción, viaje en el que se juntan los esquemas de la voracidad destructora y el arquetipo del caos.

> Estava a Morte ali, em pé, diante,
> Sim, diante de mim, como serpente
> ("Anima Mea")[3]

En "Anima Mea" muerte y tiempo devorador surgen, de este modo, como la serpiente, que se yergue "sob os pés do caminhante", serpiente que es "fúnebre bacante", de "torvo olhar", que, cual esfinge, cual buitre, devora a quien le surge en el camino. Esa serpiente, ese tiempo devorador, es "loba faminta", "atroz", que tuerce "cruelmente la boca fría".

El águila, el buitre, la "loba faminta" o la "serpente" de "torvo olhar" no son más que la expresión caótica de la vida y del pensamiento de los propios escritores, aquella condición trágica de la existencia y de la naturaleza que es por cierto el origen de la risa y de las carcajadas de los dioses, de la carcajada de Zeus al final de su disputa con Prometeo. Nos referimos, evidentemente, a *Os Trabalhos e os Dias* de Hesíodo, en el que, tras la continuación de las palabras de Zeus

> eis uma causa de grande desgraça para ti, bem como para os homens de amanhã; dar-lhes-ei eu um flagelo em vez de fogo; todos se hão-de regozijar em seu coração e de amor o seu próprio mal irão rodear (Hesíodo, *Os Trabalhos e os Dias*)[4]

el autor añade

> Assim disse, e depois entrou a rir o pai dos deuses e dos homens. (Hesíodo, *Os Trabalhos e os Dias*)[5]

---

3. El presente soneto y los siguientes están tomados de *Sonetos Completos* de Antero de Quental (Cf. Quental, 1980).

4. Cf. Hesíodo *apud Prometeu Antigo*: 82.

5. *Idem*.

Respecto a Unamuno, como nos recuerda García Blanco a propósito de "El buitre de Prometeo", el buitre "no es otro que nuestro propio pensamiento atenazándole sin cesar, o, en palabras del mismo Unamuno, "el buitre ese es el pensamiento"[6].

Desde las primeras manifestaciones literarias del mito de Prometeo, las de Hesíodo (*Teogonía* y *Los Trabajos y los Días*) y Esquilo (*Prometeo Encadenado*), transcurrieron más de 2500 años.

Desde los orígenes, el robo del fuego a los dioses manifestó una inmensa capacidad para representar la voluntad de superación del hombre, de evolución y cambio, de progreso, de espiritualidad, transformando a Prometeo, como menciona Gaston Bachelard, en un héroe de cultura[7].

Héroe de cultura que, a lo largo de más de veinte y cinco siglos, ha asumido una multiplicidad de rostros, una exuberante polivalencia, que continúa ofreciéndonos una pluralidad de significados. Camus nos dice a este propósito:

> Os mitos, por si próprios, não possuem vida. Eles esperam que nós os incarnemos (Camus, L´Été)[8]

El mito de Prometeo está desde luego bien vivo y lejos de haberse concluido, "fijado", en cualquier sepulcro...

Hesíodo se coloca como en el centro de aquel triángulo cuyos vértices son: (i) el reconocimiento de la divinidad y justicia de Zeus; (ii) la admiración y veneración por el Titán; y (iii) la constatación de que se culpa a Prometeo de los males que, para su y nuestro castigo, derivaron del robo del fuego.

Con Esquilo, si consideramos más allá del *Prometeo Encadenado* el conjunto de las tres piezas que escribió sobre Prometeo, estamos enfrentados con las figuras de la caída (*Prometeo Encadenado*), de la expiación y de la redención o perdón trágico, terminando el Titán por reconciliarse con el padre de los dioses.

Tras este primer momento "fundador", Prometeo encarnó y ganó vida en nombres como Calderón, Goethe, Byron, Shelley, Leopardi, Keats, Spitteler, Camus, entre otros. Nombre que, de mil y una formas, dieron pie a todos los combates interiores del espíritu humano, a partir del emblemático combate entre Zeus y Prometeo.

El Prometeo sublevado nace con Esquilo. Es Prometeo como el germen de la rebelión, Prometeo contestatario, rebelde, blasfemo, ladrón del secreto de la potencia divina o, como nos dice magistralmente Karl Kerény, Prometeo como el modelo o inmortal arquetipo humano de la rebelión original[9]. Un Prometeo vencido y encadenado, en el que el triunfo es una imposibilidad, en el que no se vislumbra ninguna posibilidad de paraísos, celestes o terrestres, como en Keats, o entonces un Prometeo liberado de los grilletes, de las inquietudes, un Prometeo triunfante que

6. Cf. Unamuno, *apud* Garcia Blanco, 1958: 78-79.
7. Cf. Bachelard *apud* Trousson, s.d.: 487.
8. Cf. Camus *apud* Trousson, *idem*: 483.
9. Cf. Kerény, 1963.

lanza cánticos de alegría y libertad y en el que el asalto al cielo, la aspiración de ser igual que los dioses, es una certeza. Un Prometeo orgulloso, victorioso y confiado en las conquistas de la ciencia y de la razón, en el desarrollo, en el progreso, en la tecnología, en el crecimiento, símbolo de la excesiva confianza de la humanidad en sí misma, que contrasta con el sentimiento de impotencia y desencanto, con la idea de la irresponsabilidad humana, del absurdo de la existencia, de la inutilidad de la lucha, esos lugares a los que conduce la desesperación del Prometeo pesimista o nihilista.

Recorriendo estos múltiples caminos de Prometeo, podremos también llegar a confrontarnos con el termopiliano héroe luchando por un victoria imposible o el pasivo, el tibio, el devoto, el creador, el artista, el escultor (Calderón), el benefactor de la humanidad, o incluso el héroe injustamente condenado por la tentativa de mejorar la condición humana, el vencido, el sufridor, víctima de la crueldad de Zeus y símbolo de una humanidad mártir.

El Titán como deseo de emancipación y libertad, símbolo de las grandes cuestiones éticas, jurídicas, políticas, en un mundo profundamente deshumanizado, o el arrepentido, el comedido, devorado por el buitre de las reglamentaciones, sometido al orden y a la ley.

Un Prometeo divinizado o infantilizado (humanización de Prometeo), abierto a la reconciliación o a su imposibilidad, a la reglamentación o a la trasgresión, a la rebelión y a la lucha o a la sumisión y al reposo, a la confianza o a la duda, el gran benefactor de la humanidad o el culpado por todos los males que afligen a la humanidad, como en Luís de Camões (1524/25(¿?) – 1580), que culpa a Prometeo de haber colocado en el corazón de los hombres aquellas ilusiones y engaños que llevan a la guerra, a la deshonra, a todo tipo de daños.

> Trouxe o filho de Jápeto do Céu
> O fogo que ajuntou ao peito humano,
> Fogo que o mundo em armas acendeu
> Em mortes, em desonras (grande engano!).
> Quanto *milhor* nos fora, Prometeu,
> E quanto *pera* o mundo menos dano,
> Que a tua estátua ilustre não tivera
> Fogo de altos desejos que a movera!
> (Camões, *Os Lusíadas*, Canto IV, 103)[10]

También Antero y Unamuno imaginaron sus Prometeos, aunque no fuesen finalmente estos dos grandes poetas ibéricos noble ejemplo de una poesía metafísica, almas en lucha con lo enigmático, lo misterioso, la esfinge, que llegan incluso a asumir el papel de poetas oraculares, guías de la humanidad. Poetas, es cierto, pero también profetas que luchan con Dios para arrancarle su secreto, en la permanente

10. Cf. Camões, s.d.: 172.

petición de lo Absoluto, de la Verdad, del Bien, incluso cuando esta petición se aproxima peligrosamente (o llega incluso a entrar, en el caso de Antero) a la vacuidad y a la Nada.

Comencemos entonces con Antero y con la multiplicidad de Prometeos que podemos encontrar en los *Sonetos Completos*. En "Disputa em Familia" (I y II), encontramos a un Prometeo sublevado que, creyendo en el futuro de la humanidad, se subleva contra la opresión del:

> (...) velho tirano solitário,
> De coração austero e endurecido,
> Que um dia, de enjoado ou distraído,
> Deixou matar seu filho no Calvário (...)
> ("Disputa Em Família", II)

Grito de rebelión de quien, más que ocupar el lugar de los dioses, desea, con todas sus fuerzas y limitaciones, volverse plenamente hombre, hombre libre y emancipado, no aceptando más la tiranía del «Velho Jeová de longa barba hirsuta» ("Disputa em Família", I):

> -Cessou enfim o império da força bruta!
> Não sofreremos mais, emancipados,
> O tirano de mão tenaz e astuta,
> Que mil anos nos trouxe arrebanhados!
> ("Disputa em Família", I)

Mano a mano con este Prometeo sublevado encontramos, en "Justitia Mater", los trazos de un Prometeo titánico, activo, dinámico, que se mueve todavía en el tiempo y en la historia. No en el "espaço constelado", sino en las "negras cidades", donde se llevan a cabo los eternos combates de la Justicia:

> Mas nas negras cidades, onde solta
> Se ergue (...) a revolta (...) /
> Há mais alta missão, mais alta glória:
> Os combates, à grande luz da história,
> Os combates eternos da Justiça!
> ("Justitia Mater")

También es el tiempo de los Prometeos confiados, seguros de sí mismos, seguros de que a la luz de la fe, en la Razón y en la Ciencia, conseguirán destruir el orden antiguo, el orden establecido, instaurando un nuevo orden, una nueva concepción de vida, espacio de armonía y libertad, verdad y justicia. Es también la creencia en el futuro de la humanidad, en la capacidad de la ciencia y de la razón

para construir una nueva edad de oro, la certeza de que la humanidad encadenada, que aspira a la liberación, vencerá en el futuro:

> Conquista pois sozinho o teu futuro,
> Já que os celestes guias te hão deixado (...) ("A Ideia", IV)

Combate y certeza, confianza, que o bien se desenvuelve en el plano de la historia, como en el caso de la "Justitia Mater", o bien transcurre en el plano de las ideas, de las utopías, de los sueños, como nos parece ser más bien el caso de "A Ideia",

> A Ideia, o sumo Bem, o Verbo, a Essência,
> Só se revela aos homens e às nações
> No céu incorruptível da Consciência! ("A Ideia", VIII)

o de "A Um Poeta", donde la espada de combate es el sueño,

> Ergue-te pois, soldado do Futuro,
> E dos raios de luz do sonho puro,
> Sonhador, faze espada de combate! ("A Um Poeta")

es promesa de victoria en el futuro.

Escasamente en el plano terrestre, casi siempre en las alturas aéreas, el sentimiento de confianza y seguridad, engendrado por las conquistas de la razón y de la ciencia, que pronto se revelará engañoso, mantiene también a nuestro Prometeo en una actitud de rebelión y de angustia, de cara a la inexorable presencia del sufrimiento y del dolor y a la incapacidad de encontrar una respuesta para las insondables preocupaciones metafísicas.

La certeza y la confianza dan lugar a la duda y a la inquietud. Se pierde confianza en la razón y en la ciencia, en la capacidad del hombre para instaurar un futuro radiante, se pierde la confianza en sí mismo como constructor del futuro,

> Sempre o futuro, sempre! E o presente
> Nunca! (...)
> O presente a aspirar sempre o futuro:
> O futuro uma sombra mentirosa. ("A J. Félix dos Santos")

se pierde el amparo de la ciencia y de la razón, estando dios mudo, cerrado en su distante soledad,

> Onde te escondes? Eis que em vão clamamos (Ignotus")

El Poeta luso sabe, mejor que nadie, que el combate con la "Dama de Ensueño" es un combate vano, que "em vão clamamos" ("Ignotus"), "erguendo as mãos em vão" (*ibidem*). Pero, si frente a la duda y a la desilusión, Unamuno reconstruye el sentido aéreo y terrestre de la vida, manteniéndose en el tiempo y en el centro de las contradicciones y de los conflictos, Antero transita directamente del mundo aéreo y luminoso, inversión de la imagen, para el mundo acuático y nocturno. La quietud atemporal de la noche, del vacío, pasa a ser su nuevo *centro*.

Es en este juego del deseo de habitar en el *centro* y en la imposibilidad de vivir allí o de permanecer que se instala la duda, la desilusión, el desánimo. Antero parece también confiar en la victoria de Prometeo, parece confiar también en paraísos, pero la duda se va instalando de forma creciente. El poeta espera también en "em céus", en la luz, en el día. El poeta cree y espera:

> Buscou quem o não quis: e a mim, que o chamo,
> Há-de fugir-me, como a ingrato filho?
> Ó Deus, meu pai e abrigo! Espero... eu creio! ("Salmo")

Pero ese Padre, ese amparo, "(...) que eu não sinto agora...", que se espera alcanzar, pero que puede igualmente huir, ese *centro* donde

> Tendo seu fim, terão o seu começo,
> Para não mais findar, nossos amores.
> ("A M.C." «No céu. Se existe um céu para quem chora»)

ese cielo al que se aspira, comienza a quedar envuelto en las nubes de la duda. Es la certeza que lentamente se diluye para dar lugar a la duda.

Es esta duda inmensa y terrible, duda que el imaginario anteriano rápidamente atribuye a una dimensión cósmica.

> A Dúvida soprou sobre o Universo. ("Espiritualismo, I")

que transforma el mundo en "noite monstruosa", en tiempo, en historia, en trágico devenir, al que el Poeta no consigue enfrentarse. Y de nuevo emerge toda una simbología figurativa del tiempo destructor y devorador: "faz-se noite", todo es "densa e álgida neblina" ("Espiritualismo, I"); la luz se extinguió, las aves desaparecieron y ya no cantan, no se vislumbra una sola flor.

> Um veneno subtil, vago, disperso,
> Empeçonhou a criação divina. ("Espiritualismo, I")

Desánimo y desilusión, ante el enfrentamiento con la imposibilidad de entrar y permanecer en un *centro* que lo lleven a interrogarse sobre lo que será el futuro:

O que será velhice e desalento,
Se isto se chama aurora e juventude? ("Amaritudo")

Se extingue toda la posibilidad del triunfo de Prometeo, toda la posibilidad de acceder al *centro* del *mandala*, de acceder a cualquier paraíso celeste. Muerta la posibilidad de una ética o de una metafísica prometeica o apolínea, muerto ese mundo "aéreo e brando" ("No Circo"), mundo "Que enquanto lá andei, andei sonhando..." (*ibidem*), muerta la posibilidad de una ética post-prometeica que reconozca simultáneamente lo aéreo y lo terrestre, las formas transitorias y la "nuvem d`ouro ideal", que acepte la tensión trágica sin someterse a la angustia y a la desesperación, le queda a Antero sustituir el manto, la protección y el amparo del Padre por el manto protector de la noche, de la muerte, del vacío.

Lejos quedan los rasgos poéticos que en las *Odes Modernas* e incluso en los *Sonetos Completos* permiten revelar una visión prometeica y luminosa, que conduciría al hombre por los caminos de la Verdad, del Bien, de la Justicia. Lejos quedan los tiempos en que el poeta, investido en la función de profeta de la liberación, predica también el Ideal, la apología de la aurora y de la Razón, el sentido del Progreso, del racionalismo, del positivismo.

Frente al sentimiento de impotencia e incapacidad experimentado por el alma, cuando se enfrenta al obstinado silencio de Dios,

Buscou quem o não quis: e a mim que o chamo,
Há-de fugir-me, como o ingrato filho? ("Salmo")

(...) Me conforta
Tu silencio (...) ("Mi Dios Hereje", XLVII)

salidas diversas, se perfilan diversos Prometeos, en Antero y en Unamuno, para rescatar al hombre de la enigmática y devoradora esfinge.

En el caso del "Salmo" de Antero de Quental, encontramos un Prometeo pasivo, sumiso, casi culpado, que cree y espera, frente a una Providencia vista como padre y amparo, como Dios creador, que a sus hijos da "Desvelo e amor", conduce y protege, principalmente "Quem pela noite andava desgarrado" ("Salmo").

Ó Deus, meu pai e abrigo! espero! ... eu creio! ("Salmo")

La ruina del estado idílico primordial, la pérdida de la inocencia primitiva, la caída en el mundo de las formas, la expulsión de ese mundo en el que todo era "aéreo e brando" ("No Circo"), la desobediencia al orden divino, esa trasgresión de la que Prometeo es el culpado sólo trajo sufrimiento al hombre, dolor y desgracia. Y si Prometeo es el culpado, entonces sólo la infinita bondad de un dios misericordioso puede conceder el perdón a ese Prometeo arrepentido.

¿No es el mismo Antero que, en "Mea Culpa", después de afirmar que Dios no es "tirano" sino más bien justicia y armonía, que la existencia no es "hora sombría" y que la Naturaleza es madre, madre protectora de "face linda", concluye que si está desesperado, si la vida es dolor y tristeza, entonces el culpado debería ser él mismo? "Mea Culpa" termina así:

(...) Ah, se eu à face linda
Não sei sorrir; se estou desesperado; (...)
Se nada há que aqueça esta frieza;
Se estou cheio de fel e de tristeza...
É de crer que só eu seja culpado! ("Mea Culpa")

Más allá del Prometeo Sublevado, del Prometeo titánico y confiado, victorioso, seguro de sí mismo, más allá del desánimo y desilusión, de la duda que se instala, del enfrentamiento con la imposibilidad del triunfo de Prometeo, más allá del Prometeo pasivo, sumiso, culpado, asistimos ahora a la misma muerte de Prometeo. Muere la rebelión, el titanismo, la confianza, quedando ahora el vacío, el tedio, la melancolía, la Nada:

A ideia fechou a porta à esperança,
Quando lhe foi pedir ganho e pão...
Deixou-a cara a cara com o Nada!!... ("Nihil")[11]

Ni la fe, ni la ciencia parecen ser armas suficientes para recibir *ananké*. Se imponen la desesperación y el nihilismo, el abandono y la renuncia. La muerte, la vacuidad, la nada surgen ahora como única realidad, auténtica y absoluta, capaz de liberar al hombre del mundo ilusorio, del kármico círculo del *samsara*. Lejos del Prometeo triunfante y combativo, el imaginario anteriano se entrega ahora al budismo, se funde en la noche del No-ser, se sumerge en los abismos de la propia muerte, en una especie de nirvana en el que no tienen cabida ni la voluntad ni el deseo. Es el Prometeo schopenhaueriano, entregándose a los brazos de la nada, en la libertadora beatitud de la muerte y del olvido:

E achei a paz na inércia e no esquecimento... ("O Convertido")

A mim seduz-me a paz santa e inefável
E o silêncio sem par do Inalterável. ("Elogio da Morte", VI)

De forma distinta a como nos referimos sobre Antero, la tragedia unamuniana se alimenta de la conciliación y del conflicto entre opuestos, lo conocido y lo

11. Este soneto forma parte de los "Sonetos Dispersos" (Cf. Quental, 1994: 214).

desconocido, la fe y la razón, la proximidad y la distancia, el yo profundo y el yo social, el mito y la historia, el tiempo y la eternidad.

Contraponiendo la unilateralidad del alma del poeta micaelense con su tendencia a la abstracción, para abandonar la realidad y subir al mundo de las ideas, o entonces sumergirse en la tranquilidad de las aguas nocturnas, el poeta vasco reconoce que su aspiración es el mundo, el mundo terrestre, pero sin someterse a él, sin dejarse determinar por valores colectivos, sin dejarse enredar en una visión del mundo sin alma, buscando siempre alguna forma de equilibrio y tensión entre su yo interior y su yo social, la realidad profunda y la máscara social.

De Prometeo recibe los trazos que le alejan del peligro de perderse en el mundo externo, en los preconceptos sociales, en lo políticamente correcto, diríamos hoy, en las tradiciones institucionalizadas, en lo codificado. De Epimeteo recibe las enseñanzas que lo protegen de las exigencias tiránicas del alma interior, que lo protegen de la servidumbre a una visión interior que ignora la relación con el mundo exterior. El imaginario unamuniano se alimenta, nos parece, del conflicto y de la contradicción entre Prometeo y Epimeteo.

Es de este abrazo entre el alma que se oculta y el alma que se revela, entre el alma que se entrega a una ilusión consoladora y el alma que se aleja de esa ilusión, que nace la incertidumbre creadora, la desesperada necesidad de renovar el sentido de la vida y de la esperanza. Es la esperanza desgarrada por la desesperación y el escepticismo; la fe que agoniza en los brazos de la duda; la lógica y la razón enfrentadas con sus perplejidades y limitaciones; el tiempo que ansía el infinito, el infinito que desea hacerse tiempo; el silencio que busca volverse palabra; la palabra trágica y comprometida como penuria del hombre universal y eterno, como ocultación y revelación; el hombre devorado por la esfinge, la esfinge como esperanza de restauración de sentido.

¿No serán éstas las dos almas de las que, poéticamente, no habla el Fausto de Goethe?

> Duas almas habitam no meu peito,
> Uma da outra separar-se anseiam:
> Uma com órgãos materiais se aferra
> Amorosa e ardente ao mundo físico;
> Outra quer insofrida remontar-se
> De sua excelsa origem às alturas.[12]

Es esta integración y complementariedad que hace que el buitre que nos devora sea, al mismo tiempo, nuestro más fiel compañero, el compañero de todas las luchas y construcciones, el compañero que al construirnos, construye el mundo, incluso cuando nos enseña a transformar la agonía en triunfo ("triunfo haciendo mi agonía"):

12. Cf. Goethe, s.d.: 70.

Este buitre voraz de ceño torvo
que me devora las entrañas fiero
y es mi único constante compañero. ("A Mi Buitre", LXXXVI)

En este régimen de lo imaginario, el *nocturno sintético*, lo que nos mata es también lo que nos salva, el buitre que devora las entrañas de Prometeo es también el instrumento que forja, en el dolor y en el sufrimiento, luego en el reino de Satán, su inquebrantable voluntad de triunfo.

No se contempla, por tanto, que sin dejar de ser esperanza y espera, sin dejar de fundarse en el silencio de Dios, la salvación o la liberación, en Unamuno, es fundamentalmente un grito "que a inquietarse les exhorta" ("Mi Dios Hereje", XLII), es fundamentalmente una obra.

En efecto, el soneto "Mi Dios Hereje", de Miguel de Unamuno, el silencio de Dios es en sí mismo una bendición y un consuelo, silencio que en vez de llevarlo al vacío y a la melancolía, al abandono y a la renuncia, aconseja sublevarse contra los cielos, y ser activo y titánico, interrogativo, contestatario, pues como el poeta reconoce:

(...) Me conforta
Tu silencio mandándome no ceje
de lanzar a este viento que nos meje
mi voz que a inquietarse les exhorta... ("Mi Dios Hereje", XLVII)

E incluso que ese silencio, ese Dios, no sea más que

el deseo
que tenemos de serlo y no se alcanza ("Ateismo", LXII)

no deja, mientras tanto, de ser constructor, de construirnos. De construirnos exactamente en la medida en que, en la lucha y en el agonismo, en la acción y en la palabra, lo vamos descubriendo, le vamos dando vida. Es el silencio, lo otro, lo que nos construye, exactamente en la medida en que nosotros mismos lo construimos. Sagrado y secreto abrazo que se abre a la heterodoxia:

Cómoda acusación la de ateísmo (...) /
¡quién sabe si Dios mismo no es ateo! ("Ateísmo", LXII)

Sin dejar de ser Prometeo, esa resistencia contra los dioses conocidos e instituidos, el Poeta se transmuta en Dioniso, ese dios trágico en quien cohabita lo conocido y lo desconocido, el día y la noche, la vida y la muerte. Dios trágico que, sin dejar de luchar contra la muerte y el sin sentido, hace de ellos la condición de todos los renacimientos. Si Unamuno fuera sólo la lucha y la rebelión contra la muerte, contra los dioses, contra la esfinge, y no fuese también su aceptación,

¿cómo podría realmente renacer? ¿No comienza la salvación de Fausto, finalmente, con su muerte?

> menester es que el héroe sucumba
> para cobrar justicia de la muerte. (XXXIII)

Transmutación en Dioniso, en Hermes, el incansable promotor del diálogo entre hombres y dioses, mediación que transcurre en la tensión del encuentro, que se nutre no de la muerte de Dios, de la muerte del otro, sino más bien en la mediación que, en su presencia y en su ocultación, los preserva. Sin el otro no hay diálogo, no hay lucha, no hay antagonismo ni mediación posible. Ya no se trata de robar, de robar el fuego de los dioses, sino de fecundarse antes en el otro, en el desconocido, en el buitre, de acogerlo...

El buitre es también aquella peculiaridad que nos lleva a vivir la vida de forma inquieta e irreverente, permanentemente interrogativa y contestataria, a vivir la vida como un combate sin descanso, en la agónica búsqueda de un sentido que, dado que nunca fue definitivamente encontrado, nos abre la puerta a su eterna búsqueda y construcción.

> A vivir condenado sin remedio
> contigo mismo sin descanso lidias. ("Satán", LXXIII)

Cual Prometeo que no se conforma, que no se acomoda al reposo y seguridad de las verdades diurnas, Satán, el eterno contestatario, al deconstruir las ilusiones en que la razón y el pensamiento se dejan enredar, alimenta el titanismo de la renovada búsqueda, de la renovada construcción de la conciencia humana, de la renovada construcción del sentido y del significado de la vida, incluso cuando ese obrar sea una efímera ficción, o, como nos dice el Prometeo de Esquilo, "Insuflei-lhes cegas esperanças" (Ésquilo, *Prometeu Agrilhoado*)[13]. Frente a las imperturbables ortodoxias, a los modelos y a los sistemas que descifran y explican todo edípicamente, frente a los incuestionables y sosegadores dogmas de fe, cual Prometeo, Tántalo o Sísifo, que nunca alcanza el definitivo y supremo reposo de satisfacción, Unamuno y su «buitre» siempre «seguirá la ronda»:

> (...) que Dios me hizo el heraldo
> de sus frescas, y así monda y lironda (...) /
> cantaré a la verdad aunque se esconda (...) ("Se Continuará", CXXVIII)

Dado que no se contenta con poco, el Poeta deja a los otros el sosiego y la seguridad de la "vieja farsa" (*ibidem)* y reserva para sí los caminos del agonismo y del combate, los caminos de la indestructible voluntad de participar activamente

13. Cf. Ésquilo, *apud Prometeu Antigo*, s.d.: 124.

en la búsqueda y en la renovación del sentido de la vida, pues sabe que, por detrás de la fidelidad a la razón, por detrás de una fe inquebrantable, idéntica a la alianza de Jehová con el pueblo elegido, siempre germinan las simientes de la duda y de la traición.

Ahora bien, Unamuno es, precisamente, la fidelidad y la traición a la razón, la fidelidad y la traición a la fe, la fidelidad y la traición a un dios que existe, en la medida en que también es construido. Luchando, luchando siempre, entre incertidumbre y abismos, Unamuno va conquistando y restaurando el sentido de la vida, pero sin eludirse nunca de su hipotética conquista o posesión definitiva, sin eludirse nunca de la posibilidad del triunfo de Prometeo.

Pero, al igual que Prometeo, Tántalo, Sísifo o Edipo, o cualquier otro héroe trágico, el Poeta tampoco sintió nunca el supremo reposo de la satisfacción. Entre adversarios poderosos e irreconciliables, la ilusión y el escepticismo, la imaginación y el entendimiento, la fe y la razón, la desesperación y la esperanza; *entre* una imaginación activa y titánica, que trabaja al servicio de la vida en el sentido de restaurar el universo de la vacuidad y de la nada, y la necesidad de alejarse de la dulce y consoladora ilusión que lo sustrae a la lucha y al tiempo, acto que lo devuelve al insoportable reino de la angustia y del tedio, de donde la propia imaginación lo había retirado, se construye, como conciencia y abismo, el alma unamuniana, la acción, el sentimiento, el sentido de la obra, la palabra. En una permanente solicitud, en un permanente viaje en el que el ir y el volver, la partida y el regreso, siempre están asegurados. Las polarizaciones existen, los opuestos son igualmente seductores, pero en su oposición y divergencia, en lo irreconciliable, hay siempre una mediación, un hilo de Ariadna, que asegura el regreso.

Para don Miguel de Unamuno, el hombre que realiza plenamente su humanidad, que activamente se descubre y construye como alma y conciencia, que además cumple significativamente los designios de Dios, no es el que regresa más prematura y más intensamente a la seguridad y a la comodidad de la casa paterna, al reino del Padre, de donde, infantilmente, nunca quiso salir —es ésta, finalmente, la seducción diurna y nocturna mística—, sino el que, en la lucha, persiste en no huir al problema de los contrarios.

La vida es lucha y agonismo, inquietud y desasosiego,

> (...) pues la brega
> toda esta noche de la vida dura (...) (XC)

tiempo de construcción, de trabajo, de agonismo,

> (...) la vida es corta
> aunque muy trabajosa su carrera (...) ("A Mi Ángel", LXXIV)

rechaza volver la espalda al tiempo y a su tragedia. El enfrentamiento con el reino del Padre, con la verdad desnuda, con el rostro del Señor, puede esperar para después de la muerte:

> (...) Pues confío
> que cuando vuelva a la paterna casa,
> no ya velada la verdad, mas rasa (...) /
> Así espero a que me muera
> para verlo (...) ("A Mi Ángel", LXXIV)

Antero de Quental, poeta de esa gran tradición romántica y estética, en la que se integran Hölderlin, Leopardi, Schopenhauer y muchos otros, sabe que el espectáculo del desafío, de la protesta y de la rebelión no desaloja al viejo tirano de su aéreo castillo.

> Sai das Nuvens, levanta a fronte e escuta
> O que dizem teus filhos rebelados,
> Velho Jeová (...) /
> Solitário em teus Céus acastelados (...) ("Disputa em Família", I)

acabando por encaminarse, resignadamente, búdicamente, hacia el Espíritu Absoluto, hacia la Verdad, hacia la "ideia pura"[14], encerrándose él mismo en ese castillo, en esa mítica isla de sueño, donde no hay tiranía ni indestructible cadalso.

No soportando el enfrentamiento con la dura realidad, la tragedia del dolor y del sufrimiento, el "jugo da divina tirania"[15], Antero de Quental, hambriento de totalidad y de absoluto, busca la inmovilidad y el reposo en aquellas inalcanzables alturas que se confunden con la disolución en la nada.

Pero no todos los Prometeos están en disposición de reconquistar la tranquilidad y la paz del espíritu a costa de un salto en lo absoluto, sea él diurno o nocturno. La desesperación generada por la imposibilidad de poblar un cielo vacío y encontrar aquel absoluto que Antero buscó con todas sus fuerzas parece alejar irremediablemente al Prometeo triunfante.

El poeta luso huye a la mortal belleza, a las formas incompletas, a la ilusión y al vano engaño, al estéril gozo. Unamuno ve en la ilusión y en la esperanza el rastro creador del impulso humano, impulso que incita a la reconstrucción del sentido de la vida y de las cosas, que reconcilia al hombre consigo mismo, principalmente aquellas zonas de frontera en las que la vida se impone a la muerte y la resignación y la abulia se transmutan en energía transformadora, en renovación y trascendencia.

---

14. "Tormento do Ideal".
15. "Quia Aeternus".

No se trata de sacrificar la realidad a "una esperanza ciega"[16], sino de rechazar una actitud pasiva y acomodaticia ante el mundo, convirtiendo los valores de ilusión en voluntad y acción afirmativa, que permanentemente restaura y construye el sentido de la propia vida. En Unamuno, la ilusión se ejerce a través de la imaginación y de la acción, de la voz y de la palabra, en una tensión y agonismo constante, la tensión y el agonismo de quien reconoce que es imposible un estado de plenitud definitiva, la tensión y el agonismo de quien sabe que el *antropos* necesita ser construido, generado, que nunca quedará completo, hecho, acabado, *perfectio.*

Viene generado en el equilibrio nunca definitivamente alcanzado entre principios opuestos pero transitoriamente conciliables, la sabiduría y el amor, la fe y la razón, Zeus, el orden, y Prometeo, el progreso. Es Prometeo quien de alguna forma reconoce que excedió sus derechos, que fue lejos además, pero también que Zeus lo castigó en exceso. Es esa idea típicamente esquiliana de la mediación de una solución equilibrada y justa por la transigencia y flexibilidad de los principios opuestos, de los adversarios que se enfrentan. Proceso de crecimiento y maduración a la que no es ajena la presencia del sufrimiento y del dolor, pues, como refiere Peladan, citado por Raymond Trousson, "o mais sábio é aquele que sofreu"[17].

El Prometeo romántico, con sus múltiples facetas, sublevado, defensor de la ciencia y de la razón, paladino de la libertad, filántropo, mártir, está presente en la poética unamuniana también bajo la forma de Prometeo-Sísifo, que encontramos con posterioridad en Camus o en Sartre, a través de la presencia de un Prometeo que se esfuerza por perfeccionar, en la base de su propio esfuerzo, su condición y circunstancias, reivindicando su libertad y responsabilidad en todo ese esfuerzo de transformación y cambio. En el caso de Unamuno parece que podamos hablar de un Prometeo-Sísifo, lúcido y agónico, determinado a llevar su roca cuesta arriba. Ya no se trata de rebelión u odio, tampoco de ignorar la divinidad, sino de la confianza y esperanza, trágicas, en un Prometeo batallador, siempre dispuesto a la lucha, porque esa es su razón de ser.

Agónico y combativo, este Prometeo se apoya en una moral post-prometeica que, colocándose en el centro de todas las contradicciones, se alimenta de la conciliación y del conflicto entre opuestos, reconoce la imperfección sin renunciar a la perfección, acepta y reconoce la inevitabilidad de lo trágico sin consumirse en la angustia y en la desesperación. Se abre a la razón y a lo conocido sin cerrarse a la fe y a lo desconocido, vive en el tiempo y en la historias sin negar el valor de la esfinge, de lo absoluto, de lo eterno. De aquí que la construcción del yo unamuniano, la construcción de su identidad, no pueda entenderse como un "camino de perfección" sino antes como algo forjado en el conflicto y en la contradicción. Es, por último, el camino de aquellos que saben, como Keats, que el sufrimiento es uno de los pilares de la identidad y de la sabiduría.

16. "Ruit Hora", XIV.
17. Cf. Peladan *apud* Trousson, s.d.: 435.

> No ves cuán necesario es este mundo de penas y desventuras para enseñar la inteligencia y *convertirla en alma*?[18]

Es en esta matriz agónica y trágica que descansa también la esperanza unamuniana, la "esperanza inmortal ave divina", "sustancia de la vida".

La esperanza es seducción y redención, pero como secreto ya desvendado, como rastro que creyó definitivamente que vencía a la esfinge, en el plano de las cosas ya nacidas y de sus efemérides, en el plano de la "macabra danza"[19], luego se revela como engaño y desencanto, como "ilusión engañosa"[20]. Todas las antiguas y nuevas seducciones —el fuego de Prometeo, el espacio de libertad que nos aguarda más allá de los combates y de las barricadas, de las ortodoxias que infaliblemente nos muestran los caminos de la verdad, los mitos de la superioridad técnica y del progreso— se revelaron tan atrayentes como falsos y engañosos, ya que traen la marca de la inevitabilidad de la derrota.

Si es verdad que la esperanza unamuniana, en cuanto a creación de la voluntad y del deseo, es titánica y combativa, activa y voluntariosa, no deja de abrirse al carácter indecible y abierto, abismal, del mundo, asentado en esa incertidumbre e imprevisibilidad que siempre resulta del enfrentamiento con el vacío, lo desconocido, la Esperanza intrépida y desesperada.

> ¿Pero, cómo sabiendo que es engaño
> vivir de su virtud? Por la pelea (...)
> pues de desesperación es el escaño
> de la esperanza que su objeto crea. ("¡Sit Pro Ratione Voluntas!", XCIX).

Pero esperanza que nunca cierra la puerta a las grandes preguntas, a la posibilidad, a la muerte y a la renovación, a la tragedia y al tiempo. Ilusión que, sin ninguna metafísica segura, en la inevitabilidad de la lucha y del enfrentamiento entre fe y razón, conciencia y muerte, sentido y sin sentido, erótico y tanático, permanentemente debe superarse y, en ese esfuerzo, frente al absurdo, reconstruir el sentido de las cosas y de la vida. Esperanza trágica, en la que la ilusión de que al final de los tiempos la roca que penosamente carga Sísifo, finalmente se transforma en pequeño juguete con el que el niño juega, que no permite olvidar la convicción de que la derrota final está asegurada.

> toda la vida a la postre es un fracaso ("El Fracaso de la Vida", XCIV)

El hombre puede ser héroe en su conducta, a la manera de Antero o de Unamuno, pero toda la grandeza de esa cualidad se enfrenta con la tiránica ley de Zeus,

---

18. Cf. Keats *apud* Argullol, 1990: 160.
19. "A La Esperanza", CXX, II.
20. "¡Sit Pro Ratione Voluntas!", XCIX.

con la ley de la necesidad, o, si quisiéramos y como nos recuerda Esquilo, el mismo Zeus está sometido a la Necesidad.

Los dioses pueden sonreír, como señores de este juego que ellos mismos crearon, pero el hombre, Prometeo, sabe que por encima de Zeus, de los dioses, de los dioses que él mismo creó, está Ananké, la Necesidad, las Moiras, las Parcas, las Erínias... y sonríe creando los valores, las ilusiones trágicas, las ciegas esperanzas que le dio Prometeo, que en esta farsa sin remedio animan los pasos del actor. Prometeo, el eterno peregrino, en su interminable esfuerzo por renovar papeles, máscaras, escenarios, sabiendo de antemano que la condenación y el fracaso están definitivamente asegurados, da en actor.

> (...) luego en derredor le asedia
> la farsa, y como Dios no le remedia
> ni sirve del pesar el cruel cauterio (...) /
> da en actor (...) ("Tragicomedia", LXXVII)

Da en actor o, si quisiéramos, en jugador. En el espacio del juego, como en el universo, cuando el "croupier" sentencia "Les jeux sont faits; rien ne va plus", el juego está concluido.

Jugar consiste en darse un lugar, una casa, a sí mismo, como si se profetizara que la suerte irá a aparecer allí y que se producirá tantas veces como se apueste. Concluido el juego, hay que esperar a que se vuelva a reproducir la partida, pues el señor del juego, el señor del mundo, parece suficientemente liberal como para permitir que el jugador consiga cualquier lugar, cualquier casa, de las muchas que hay en sus dominios.

Los hombre juegan, el señor del juego, el señor del mundo, que todo lo ve, sonríe y dicta sus reglas. "*Les jeux sont faits*", los juegos han concluido, ¡qué continúe el juego... del mundo!

Bibliografia

ARGULLOL, R., *El Héroe y el Único, El Espíritu Trágico del Romanticismo*, Barcelona, Destino, 1990.

CAMÕES, L. de, *Os Lusíadas,* Porto, Porto Editora e Empresa L. Fluminense, Lda., s.d., 6ª Ed.

DURAND, G., *Les Structures Anthropologiques de L `Imaginaire*, Paris, Bordas, 1996.

HESÍODO e Vários, *Prometeu Antigo*, Porto, Rés Editora, s.d.

GOETHE, J.W., *Fausto*, Lisboa, Relógio d`Água, s.d.

KERÉNYI, K., *Prometheus, Archetypal Image of Human Existence*, New York, Bollingen, 1963.

MOURÃO – FERREIRA, D., *Obra Poética*, Lisboa, Bertrand, 1980 (V. II).

QUENTAL, A. de, *Sonetos Completos*, Porto, Anagrama, 1980.

—, *Sonetos*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1994.
TROUSSON, R. *Prometeu na Literatura*, Porto, Rés Editora, s.d.
UNAMUNO, M. de, *Rosario de Sonetos Líricos*, *Obras Completas*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1958 (T. XIII).